

El primer viaje misionero de Pablo

Sábado 11 de agosto

Sus obras [de Pablo] fueron más abundantes que las de cualquiera de los discípulos, y sus sufrimientos excedieron toda medida. Fue golpeado con vara, apedreado, naufragó, a menudo estuvo en peligro de muerte. Estuvo en peligro en el mar y en la tierra, en la ciudad y en el desierto, a causa de los ladrones y de sus propios conciudadanos. Prosiguió su misión aquejado por continuas flaquezas, por el dolor, por el cansancio, por las vigilias, por el frío, por la desnudez... Cuando respondió ante el sanguinario Nerón, ningún hombre lo acompañó...

Pero, ¿dedicó Pablo su precioso tiempo a hablar de sus aflicciones? No, desvió la atención de sí mismo a Jesús. No vivió para lograr su propia felicidad, y sin embargo fue feliz... “Sobreamundo de gozo en todas nuestras tribulaciones” [2 Corintios 7:4],

Pablo fue un ejemplo vivo de lo que cada cristiano debería ser. Vivió para la gloria de Dios... “Para mí el vivir es Cristo” [Filipenses 1:21] (*Nuestra elevada vocación*, p. 365).

Mucho del llamado cristianismo pasa como ortodoxia genuina y fiel, pero esto se debe a que los que dicen profesarlo no tienen una persecución que sufrir por causa de la verdad. Cuando llegue el día en que se invalide la ley y la iglesia sea zarandeada por las fieras pruebas a que serán sometidos todos los que moran en la tierra, una gran proporción de aquellos que pasan por ser genuinos prestarán oídos a espíritus engañosos y se convertirán en pérfidos y traicionarán sagradas verdades. Demostrarán que son nuestros peores perseguidores. “De vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”, y muchos prestarán atención a espíritus engañosos.

Los que se han sustentado con la carne y la sangre del Hijo de Dios—su santa Palabra—serán fortalecidos, arraigados y fundamentados en la fe. Dispondrán de evidencias crecientes para apreciar y obedecer la Palabra de Dios. Dirán con David: “Han invalidado tu ley. Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro”. Mientras otros los consideren como escoria, se levantarán para defender la fe. Todos los que tienen en cuenta su conveniencia, su placer, su beneficio, no soportarán la prueba (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 6, pp. 1064, 1065).

La verdad debe proclamarse a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Ha llegado el momento de llevar a cabo una obra mucho más agresiva en las ciudades y en todos los campos descuidados donde no se ha trabajado.

Se nos pide que ahora realicemos una obra diligente. En esta crisis ningún esfuerzo realizado desmayadamente tendrá éxito. Debemos buscar las almas en todo trabajo que realicemos en las ciudades. Hay que trazar planes juiciosos para que esa obra pueda ser hecha en la forma más ventajosa...

Día y noche me parece oír esta declaración: “Avanzad; añadid nuevo territorio; entrad en nuevos lugares con la carpa y presentad el último mensaje de amonestación al mundo. No hay tiempo que perder. Dejad mi monumento en todo lugar donde vayáis. Mi espíritu irá delante de vosotros y la gloria del Señor será vuestra retaguardia” (*El evangelismo* pp. 48, 49).

Domingo 12 de agosto: Salamina y Pafos

La iglesia cristiana estaba entrando entonces en una era importante. La obra de proclamar el mensaje evangélico a los gentiles había de proseguirse ahora con vigor; y como resultado la iglesia iba a ser fortalecida por una gran cosecha de almas. Los apóstoles que habían sido designados para dirigir esta obra iban a exponerse a la suspicacia, los prejuicios y los celos. Sus enseñanzas concernientes al derribamiento de “la pared intermedia de separación” [Efesios 2:14], que tanto tiempo había separado al mundo judío del gentil, iba a hacerlos objeto naturalmente de la acusación de herejía; y su autoridad como ministros del evangelio iba a ser puesta en duda por muchos celosos creyentes judíos. Dios previó las dificultades que sus siervos estarían llamados a afrontar; y a fin de que su trabajo pudiera estar por encima de toda crítica, indicó a la iglesia por revelación que se los apartara públicamente para la obra del ministerio. Su ordenación fue un reconocimiento público de su elección divina para llevar a los gentiles las alegres nuevas del evangelio (*Los hechos de los apóstoles*, p. 130).

Satanás no permite sin lucha que el reino de Dios se edifique en la tierra. Las huestes del mal están empeñadas en incesante guerra contra los agentes designados para la predicación del evangelio; y estas potestades de las tinieblas están especialmente activas cuando se proclama la verdad ante hombres de reputación y genuina integridad. Así sucedió cuando Sergio Paulo, el procónsul de Chipre, escuchaba el mensaje evangélico. El procónsul había hecho llamar a los apóstoles para que se le enseñara el mensaje que habían venido a dar; y ahora las fuerzas del mal, obrando por medio del hechicero Elimas, trataron, con sus funestas sugerencias, de apartarlo de la fe y frustrar así el propósito de Dios...

El adivino había cerrado los ojos a las evidencias de la verdad evangélica; y el Señor, con justo enojo, cegó sus ojos naturales, privándolo

de la luz del día. La ceguera no fue permanente, sino temporal, a fin de que le indujese a arrepentirse y a procurar perdón del Dios a quien había ofendido tan gravemente. La confusión en la cual se vio sumido anuló sus sutiles artes contra las doctrinas de Cristo. El hecho de que se viera obligado a andar a tientas en su ceguera demostró a todos que los milagros que los apóstoles habían realizado, y que Elimas había denunciado como prestidigitación, eran producidos por el poder de Dios. El procónsul, convencido de la verdad de la doctrina que enseñaban los apóstoles aceptó el evangelio (*Los hechos de los apóstoles*, p. 136).

[T]engan cuidado de no oponerse a la obra del Espíritu Santo, el Consolador enviado por Cristo, y que teman dar el primer paso presuntuoso en la senda de la rebelión. Cuando Cristo habló con los discípulos acerca del Espíritu Santo, trató de elevar sus pensamientos y ampliar sus expectativas para que lograran tener el más alto concepto de lo que es la excelencia. Tratemos de comprender sus palabras. Tratemos de apreciar el valor del maravilloso don que nos ha conferido. Tratemos de buscar la plenitud del Espíritu Santo (*Cada día con Dios*, p. 255).

Lunes 13 de agosto: Antioquía de Pisidia: primera parte

El Salvador mismo, durante su ministerio terrenal, predijo la difusión del evangelio entre los gentiles. En la parábola de la viña, declaró a los impenitentes judíos: “El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que haga los frutos de él” [Mateo 21:43]. Y después de su resurrección, comisionó a sus discípulos a ir “por todo el mundo”, y doctrinar “a todos los Gentiles”. No debían dejar a nadie sin amonestar, sino que habían de predicar “el evangelio a toda criatura” [Mateo 28:19; Marcos 16:15].

Al volverse a los gentiles en Antioquía de Pisidia, Pablo y Bernabé no dejaron de trabajar por los judíos dondequiera que tuviesen oportunidad de hacerse oír. Más tarde, en Tesalónica, en Corinto, en Éfeso y en otros centros importantes, Pablo y sus compañeros de labor predicaron el evangelio tanto a los judíos como a los gentiles. Pero sus mejores energías se dirigieron desde entonces a la edificación del reino de Dios en territorio pagano, entre pueblos que no tenían sino poco o ningún conocimiento del verdadero Dios y de su Hijo (*Los hechos de los apóstoles*, p. 141).

Cuando el cristiano está esperando deberes y severas pruebas que anticipa que vendrán sobre él debido a su profesión de fe cristiana, es propio de la naturaleza humana contemplar las consecuencias y evadirlas y esto ocurrirá en forma decidida a medida que nos acercamos al fin de la historia de la tierra. Podemos ser animados por la veracidad de la Palabra de Dios, de que Cristo nunca defraudó a sus hijos como su seguro Dirigente en la hora de la prueba; pues tenemos el registro veraz, de que los que han estado bajo los poderes opresores de Satanás han

tenido a su disposición una gracia proporcional a sus días. Dios es fiel y no permitirá que seamos tentados más de lo que podamos soportar...

El [creyente] no debe estar haciendo grandes preparativos para protegerse de las pruebas, porque es solo un instrumento de Dios, y debe avanzar con un solo gran propósito, con su mente y su alma fortalecidas día tras día, para no sacrificar un solo principio de su integridad (*Mensajes selectos*, t. 3, pp. 454, 455).

Aunque el pecador no puede salvarse a sí mismo, tiene sin embargo algo que hacer para conseguir la salvación. “Al que a mí viene, no le echo fuera” [Juan 6:37]. Pero debemos *ir* a él; y cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, debemos creer que nos acepta y nos perdona. La fe es el don de Dios, pero el poder para ejercitarla es nuestro...

Nada excepto la justicia de Cristo puede hacerlos merecedores de una sola de las bendiciones del pacto de la gracia. Muchos son los que durante largo plazo han deseado obtener estas bendiciones, pero no las han recibido, porque han creído que podían hacer algo para hacerse dignos de ellas. No apartaron las miradas de sí mismos ni creyeron que Jesús es un Salvador absoluto. No debemos pensar que nuestros propios méritos nos han de salvar; Cristo es nuestra única esperanza de salvación (*Patriarcas y profetas*, p. 458).

Martes 14 de agosto: Antioquía de Pisidia: segunda parte

Una y otra vez me ha sido presentado el peligro de abrigar, como pueblo, ideas falsas sobre la justificación por la fe. Por años se me ha mostrado que Satanás trabajaría de una manera especial para confundir las mentes en este punto. La ley de Dios ha sido ampliamente tratada y presentada a las congregaciones casi tan desprovista del conocimiento de Cristo Jesús y su relación con la ley como la ofrenda de Caín. Se me ha mostrado que muchos no han llegado a la fe por causa de ideas mezcladas y confusas acerca de la salvación, porque los ministros han trabajado de una manera errónea para alcanzar los corazones. El punto que ha sido impreso por años en mi mente es la justicia imputada de Cristo. Me asombra que éste no se haya convertido en el tema de disertación en nuestras iglesias por todo el territorio, cuando de manera tan constante me ha sido presentado con insistencia, y lo he hecho el tema de casi cada discurso y plática que he dado a la gente (*Fe y obras*, p. 15).

Como las nuevas del nacimiento del Salvador, el mensaje del segundo advenimiento no fue confiado a los caudillos religiosos del pueblo. No habían conservado estos la unión con Dios, y habían rehusado la luz divina; por consiguiente, no se encontraban entre aquellos de quienes habla el apóstol Pablo cuando dice: “Vosotros, empero, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día a vosotros os sorprenda como ladrón: porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos

del día; nosotros no somos de la noche, ni de las tinieblas” [1 Tesalonicenses 5:4, 5]...

Dios requiere de su pueblo obras de fe y obediencia que correspondan a las bendiciones y privilegios que él le concede. La obediencia requiere sacrificios y entraña una cruz; y por esto fueron tantos los profesos discípulos de Cristo que se negaron a recibir la luz del cielo, y, como los judíos de antaño, no conocieron el tiempo de su visitación [Lucas 19:44] (*El conflicto de los siglos*, pp. 315, 316).

Cuando el mensaje evangélico se extendió en Pisidia, los judíos incrédulos de Antioquía, cegados por el prejuicio, “concitaron mujeres pías y honestas, y a los principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé y los echaron” de aquel distrito.

Los apóstoles no se desanimaron por este trato; recordaron las palabras del Señor: “Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo. Gozaos y alegraos; porque vuestra merced es grande en los cielos: que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” [Mateo 5:11, 12],

El mensaje evangélico avanzaba, y los apóstoles tenían plena razón para sentirse animados. Sus labores habían sido ricamente bendecidas entre los de Pisidia que vivían en Antioquía, y los creyentes a quienes habían dejado solos para continuar la obra durante un tiempo, “estaban llenos de gozo, y del Espíritu Santo” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 142, 143).

Miércoles 15 de agosto: Iconio

De Antioquía de Pisidia, Pablo y Bernabé fueron a Iconio. En ese lugar, como en Antioquía, comenzaron sus labores en la sinagoga de su propio pueblo. Tuvieron un éxito notable; “creyó una grande multitud de Judíos, y asimismo de Griegos”. Pero en Iconio, como en otros lugares donde los apóstoles trabajaron, “los Judíos que fueron incrédulos, incitaron y corrompieron los ánimos de los Gentiles contra los hermanos”.

Los apóstoles, sin embargo, no se dejaron desviar de su misión; porque muchos aceptaban el evangelio de Cristo, Frente a la oposición, la envidia y el prejuicio, continuaron su trabajo, “hablando denodadamente en el Señor;” y Dios “daba testimonio a la palabra de su gracia, dando que señales y milagros fuesen hechos por las manos de ellos”. Estas evidencias de la aprobación divina tenían una poderosa influencia sobre aquellos cuyas mentes estaban abiertas a la convicción, y los conversos al evangelio se multiplicaban.

La creciente popularidad del mensaje predicado por los apóstoles llenó de envidia y odio a los judíos incrédulos, y resolvieron éstos poner coto de una vez a las labores de Pablo y Bernabé. Mediante falsos y exagerados informes, indujeron a las autoridades a temer que

toda la ciudad fuera incitada a la insurrección. Declararon que muchos se estaban adhiriendo a los apóstoles, y sugirieron que lo hacían con secretos y peligrosos designios (*Los hechos de los apóstoles*, p. 144).

Pablo era un apóstol inspirado, y sin embargo el Señor no le mostró en todas las ocasiones las condiciones precisas de su pueblo. Los que estaban interesados en la prosperidad de la iglesia y veían los males que aparecían, le presentaban a él el asunto, y debido a la luz que él había recibido anteriormente estaba preparado para juzgar el verdadero carácter de esas manifestaciones. Porque el Señor no le hubiera dado una nueva revelación para esa ocasión especial, los que verdaderamente buscaban luz no echaban a un lado su mensaje como si fuera una comunicación común. No, de ninguna manera. El Señor le había mostrado las dificultades y los peligros que se levantarían en las iglesias, para que cuando se desarrollaran él supiera cómo tratarlos (*Mensajes selectos*, tomo 3, p. 61).

El Padre dedica su amor a sus elegidos que viven en medio de los hombres. Ellos son el pueblo que Cristo ha redimido con el precio de su propia sangre, y como responden a la atracción de Cristo mediante la soberana misericordia de Dios, son elegidos para ser salvados como sus hijos obedientes. Sobre ellos se manifiesta la generosa gracia de Dios, el amor con que los ha amado. Todo el que quiera humillarse como un niño, que quiera recibir y obedecer la Palabra de Dios con la sencillez de un niño, estará entre los elegidos de Dios...

En el concilio del cielo se dispuso que los hombres, aunque transgresores, no debían perecer en su desobediencia, sino que por medio de la fe en Cristo como su sustituto y fiador pudieran convertirse en los elegidos de Dios, predestinados para la adopción de hijos por Jesucristo y para él, según el puro afecto de su voluntad (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 6, p. 1114).

Jueves 16 de agosto: Litra y Derbe

En compañía de Bernabé, [Pablo] fue a otras ciudades predicando a Jesús y realizando milagros, y muchos se convertían. Al ser sanado un hombre que había sido cojo de nacimiento, la gente que adoraba a los ídolos estaba por ofrecer sacrificio a los discípulos. Pablo se entristeció y les dijo que él y su colaborador no eran sino hombres y que el Dios que había hecho los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, era el único que debía ser adorado. Así ensalzó Pablo a Dios delante de la gente; pero a duras penas pudo refrenarla. En la mente de esa gente se estaba formando el primer concepto de la fe en el Dios verdadero, así como del culto y honor que se le debe rendir; pero mientras escuchaban a Pablo, Satanás estaba incitando a los judíos incrédulos de otras ciudades a que siguiesen a Pablo para destruir la buena obra hecha por él.

Estos judíos excitaron a aquellos idólatras mediante falsos informes contra Pablo. El asombro y la admiración de la gente se transformaron en odio, y los que poco antes habían estado dispuestos a adorar a los discípulos, apedrearon a Pablo y lo sacaron de la ciudad como muerto. Pero mientras los discípulos estaban de pie en derredor de Pablo, llorándolo, con gozo lo vieron levantarse, y entró con ellos en la ciudad (*Primeros escritos*, p. 203).

Al par que poseía altas dotes intelectuales, Pablo revelaba en su vida el poder de una sabiduría aún más rara. Sus enseñanzas, ejemplificadas por su vida, revelan principios de la más profunda significación, que eran ignorados por los grandes espíritus de su tiempo. Poseía la más elevada de todas las sabidurías que da una pronta perspicacia y simpatía, que pone al hombre en contacto con los hombres, y lo capacita para despertar la naturaleza mejor de sus semejantes e inspirarlos a vivir una vida más elevada.

Escuchad las palabras que pronunció ante los paganos de Listra, al indicarles a Dios revelado en la naturaleza como Fuente de todo bien, que nos da “lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones” [Hechos 14:17] (*La educación*, p. 66).

Pablo no se olvidaba de las iglesias que había establecido. Después de hacer una gira misionera, él y Bernabé volvieron sobre sus pasos y visitaron las iglesias que habían levantado, escogiendo de entre sus miembros hombres a quienes podían preparar para que se les unieran en la proclamación del evangelio.

Este rasgo de la obra de Pablo contiene una importante lección para los ministros hoy día. El apóstol hizo de la enseñanza de jóvenes para el oficio de ministros una parte de su obra. Los llevaba consigo en sus viajes misioneros, y así adquirían la experiencia necesaria para ocupar más tarde cargos de responsabilidad...

Nunca olvidaba Pablo la responsabilidad que descansaba sobre él como ministro de Cristo; ni que si las almas se perdían por su infidelidad, Dios lo tendría por responsable (*Los hechos de los apóstoles*, p. 296).

Viernes 17 de agosto: Para estudiar y meditar

Fe y obras, “Hablar de la fe, vivir la fe, actuar por fe”, pp. 79, 80.